

LA PLAZA DEL DIAMANTE

MERCÈ RODOREDA

LA PLAZA
DEL DIAMANTE

Traducción de Sergio Fernández Martínez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *La plaça del Diamant*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Ilustración de cubierta: istockPhoto

 **institut
ramon llull**

«La traducción de esta obra ha contado con una ayuda del Institut Ramon Llull»,

Primera edición: octubre de 2021

© Institut d'Estudis Catalans, 1986

© de la traducción: Sergio Fernández Martínez, 2021

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º, 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1154-9

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 15549-2021

Impreso en España

PRÓLOGO*

La plaza del Diamante comienza así: «Julietta vino expresamente a la pastelería a decirme que, antes de rifar el ramo, rifarían cafeteras; que ella ya las había visto: preciosas, blancas, con una naranja pintada, partida en dos mitades, que enseñaba las pepitas». Mientras escribía esta primera frase no podía pensar ni remotamente que, un cuarto de siglo después, de mi novela se habrían hecho tantas ediciones catalanas y tantas traducciones extranjeras.

Cuando la escribí casi no recordaba cómo era la plaza del Diamante de verdad. Solo recordaba que, cuando tenía trece o catorce años, una vez, por la fiesta mayor de Gracia, fui con mi padre a recorrer las calles. En la plaza del Diamante habían levantado un entoldado. Como en otras plazas, claro; pero el que

* Este prólogo revela numerosos pasajes clave del argumento de la obra. Si el lector desea evitar esta anticipación, es recomendable que lo lea al finalizar la novela.

Los diferentes prólogos que Mercè Rodoreda redacta para sus novelas son verdaderas poéticas de la escritura. La autora había rehusado en varias ocasiones la petición de Joan Sales, su editor, de incorporar un prólogo a *La plaza del Diamante*. Sin embargo, en 1982, veinte años después de su publicación original, Caja de Barcelona, a través de la editorial HMB, distribuye dos ediciones ilustradas de la novela para celebrar el día de Sant Jordi: una en catalán y otra en español. Rodoreda accede a escribir un prólogo para esta ocasión, cuya traducción al español corre a cargo de Secundí Sañé. Posteriormente, Rodoreda reescribe el texto e incluye fragmentos del discurso que había pronunciado en el homenaje en la plaza del Diamante el 5 de abril de 1981. Se lo entrega a Sales en su versión definitiva, y este lo incluye en la vigesimosexta edición del libro. Desde entonces, el prólogo acompaña a la edición catalana. Se reproduce aquí, por vez primera, en español (*N. del T.*).

más recuerdo siempre es aquel. Al pasar por delante, todo él una caja de música, a mí, que mis padres me lo tenían prohibido, me entraron unas ganas de bailar desesperadas y andaba como alma en pena por las calles engalanadas. Tal vez por culpa de esta frustración, al cabo de muchos años, en Ginebra, empecé mi novela con aquel entoldado.

Soy hija de San Gervasio de Cassolas, de una calle estrecha y corta que, por aquel entonces, iba desde la de Padua hasta la rambla de San Gervasio y que se llamaba calle San Antonio; más tarde le cambiaron el nombre por calle París y, más tarde todavía, por Manuel Angelón, que todavía conserva. San Gervasio no está nada lejos de Gracia. Conocía, porque allí iba por las tardes con mi abuelo, los cines Trilla, Smart y Mundial. Conocía el mercado de Santa Isabel, donde a los cuatro o cinco años iba, por la tarde, en los veranos, con una señora vecina a comprar pescado después de cruzar la calle Torrent de l'Olla. A los quince o diecisiete años, y durante mucho tiempo, iba con mi madre a pasear cada tarde por la calle Mayor. Entrábamos por la rambla del Prat, la bajábamos hasta los Jardinetes y la subíamos por la acera contraria. Mirábamos escaparates.

Todos los recuerdos que conservo de Gracia son entrañables. Ahora todo aquello queda lejos, pero recordarlo, en medio de una oleada de nostalgia, me sienta bien; muchas veces y en diversas circunstancias, estos recuerdos han sido un consuelo para mí.

Querría que todos los que leyesen mi novela participasen de mi emoción. Me alegra pensar que entre tantos miles de lectores como ha tenido y continúa teniendo hay muchos que no habían leído nunca nada en catalán y que leyéndola han descubierto que la nuestra es una lengua civilizada, culta, importante. Me alegra asimismo pensar que esta novela sencilla y humana ha llevado el nombre de la plaza del Diamante del barrio de Gracia y con él el de Cataluña a tantos países lejanos.

Escribir un prólogo, o sea hablar de mí —o de mi obra, que es lo mismo—, no me ha apasionado nunca.

Explicar la génesis de *La plaza del Diamante* podría ser interesante, pero ¿es que se puede explicar cómo se forma una novela, qué impulsos la provocan, qué voluntad tan fuerte consigue que se continúe, que se haya de acabar luchando lo que se empezó con facilidad? Decir que la fui madurando en Ginebra mientras miraba la montaña del Salève o mientras paseaba por el parque La Perle du Lac, ¿bastaría? Puedo decir, y en parte es verdad, que *La plaza del Diamante* fue la consecuencia de una decepción.

Yo había enviado *Jardín junto al mar* al premio Joanot Martorell —justamente el último que se convocó— y el jurado no la valoró. Este contratiempo provocó en mí una reacción contraria a la natural; siempre, las dificultades me han estimulado. Empujada por una oleada de orgullo, empecé otra novela.

La quería kafkiana, muy kafkiana, absurda, claro, con muchas palomas; quería que las palomas ahogasen a la protagonista desde el principio hasta el fin. Y fue naciendo dentro de mí, cuando aún no me había sentado delante de la máquina con una pila de hojas de papel al lado, lo que habría de ser *La plaza del Diamante*. La escribí febrilmente, como si cada día de trabajo fuese el último de mi vida.

Trabajaba obcecada; corregía por la tarde lo que había escrito por la mañana, procurando que, a pesar de las prisas con las que escribía, el caballo no se me desbocase, sujetando bien las riendas para que no se desviase del camino. Hay quien habla de explosión narrativa. No sé qué quiere decir. Escribir una novela, que es un trabajo sostenido, necesita calma, mucho dominio de sí mismo.

Y la novela que en principio iba a ser una pesadilla con palomas se fue convirtiendo en *La plaza del Diamante*, con palomas, sí, pero en otro sentido. Fue una época de una gran tensión

nerviosa, que me dejó medio enferma. Pues bien: *La plaza del Diamante*, enviada al primer premio Sant Jordi, recibió el mismo trato que *Jardín junto al mar* en el último Joanot Martorell.

★ ★ ★

Ya publicada, mi amigo Baltasar Porcel, a pesar de dedicarle muchos elogios, dijo que Colometa era una chica más bien boba. Considero esta afirmación, hecha a la ligera, muy equivocada. Ver el mundo con ojos de niño, en una constante fascinación, no significa ser bobo, sino todo lo contrario; además, Colometa hace lo que tiene que hacer dentro de su situación vital, y hacer solo lo que se tiene que hacer y nada más demuestra un talento natural digno de todos los respetos. Considero más inteligente a Colometa que a Madame Bovary o que a Anna Karénina, y a nadie se le ha ocurrido nunca decir que fuesen bobas. Tal vez porque eran ricas, iban vestidas de seda y tenían servicio. Y aunque yo, cuando era joven, suspirase por ser Madame Bovary o Anna Karénina, más la segunda que la primera, cuando necesité un personaje central para una novela escogí a Colometa, que solo se parece a mí en el hecho de sentirse perdida en medio del mundo.

De cosas —de muebles, de relojes, de agujas de reloj, de péndulos de reloj, de pinturas, de formas y colores de butacas y sofás, de lámparas de aceite y de lámparas de pie, de alfombras y de doseles reales—, en todas las novelas se ha hablado. Desde Balzac hasta Proust pasando por Tolstói, por citar solo a los que causan mayor efecto. Las cosas tienen una gran importancia en la narración y la han tenido siempre, mucho antes de que Robbe-Grillet escribiese *El mirón*. En *La plaza del Diamante*, cosas hay muchas: el embudo, la caracola, las muñecas de la casa de los hules..., todos los detalles de los muebles, de los timbres eléctricos y de las puertas de la casa donde va a trabajar. Las monedas de oro de mosén Joan que este le da a Quimet por si las necesitan. La balanza dibujada en la pared de la escalera.

Y el cuchillo, símbolo sexual, con el que al final del libro Colometa escribe su nombre en la puerta de la casa donde había vivido.

Pero en *La plaza del Diamante* no solo hay cosas: está sobre todo el personaje de Colometa. Me lo sugirió la protagonista de un cuento mío escrito hacía tiempo, titulado «Tarde en el cine», que figura en el libro *Veintidós cuentos* y está inspirado a su vez en *Cándido*. Si Voltaire no hubiese escrito *Cándido* es posible que *La plaza del Diamante* no hubiese visto nunca la luz del sol. ¿Influencia de James Joyce? Es posible que el final de mi novela venga del célebre monólogo de *Ulises*. Pero sería más acertado buscar la fuente del capítulo XXIII de *La plaza*, el de la muerte de la madre de Quimet, en alguno de los cuentos de *Dublínenses*.

Si no hubiese leído a Bernat Metge, no se me habría ocurrido nunca poner en boca de Colometa la descripción física de su flamante marido. Bernat Metge hace describir a Ovidio las gracias de su amada; ese capítulo, una pura perfección de estilo y de lenguaje, se titula «Descripción de la doncella». Unas breves páginas que pueden rivalizar con las mejores de la literatura universal. La «descripción de la doncella» de Bernat Metge me sugirió la idea de la «descripción del doncel», o sea de Quimet, que el lector puede encontrar en el capítulo VIII de mi novela. Agradezco a Bernat Metge que me haya dado más de lo que me merezco. Y le pido fervorosamente que me perdone por haberme tomado la licencia.*

Tendría que confesar muchas otras influencias; habría que contar entre ellas todas mis lecturas, la Biblia en primer lugar. Quiero afirmar, porque alguno lo ha negado, que *La plaza del Diamante* es una novela de amor. Novelas de amor se han escrito muchas. Desde el amor más espiritual y más caballeresco has-

* Se trata en realidad de un pasaje, sin titular, del poema en prosa «Ovidio enamorado». A este respecto, en la primera versión del prólogo, Rodoreda extracta los párrafos tercero, cuarto, quinto y sexto del poema de Metge como muestra comparativa entre ambos textos. (*N. del T.*)

ta el amor más carnal, en parte representado este último por una de las novelas más cursis, y que han hecho correr más ríos de tinta, escrita por un gran escritor, D. H. Lawrence. Me refiero a *El amante de Lady Chatterley*. Pero lo más elevado y cautivador que se ha escrito acerca del amor es la historia de Francesca da Rimini en el canto v del Infierno de la *Divina comedia*. Historia que empieza con estos versos maravillosos:

*Siede la terra dove nata fui
su la marina dove'l Po discende
per aver pace co' seguaci sui.*

Y el amor de Ulises, no por Penélope, ni por la dulce Nausícaa, sino su amor-pasión por la aventura. Dante, en el canto xxvi del Infierno, lo lanza, con cuatro compañeros viejos y harapientos, en una nave que no se sostiene, a la última aventura: la de la muerte.

*Né dolcezza di figlio, né la pieta
del vecchio padre, né'l debito amore
lo qual dovea Penelopè far lieta,
vincer potero dentro a me l'ardore
ch' i' ebbi a divenir del mondo esperto
e de li vizi umani e del valore.*

Después de la Biblia y de Dante, entre las influencias que creo que más me han marcado y que ahora quiero confesar, añadiría también a Homero.

★ ★ ★

Quiero volver a insistir, porque me dolió que alguien lo negase: quiero afirmar bien alto que *La plaza del Diamante* es por enci-

ma de todo una novela de amor, aunque no tenga ni una pizca de sentimentalismo. El momento en el que Colometa, de regreso de la muerte de su pasado, entra en su casa mientras va naciendo el día y abraza a su segundo marido, el hombre que la ha salvado de todas las miserias de la vida, es una escena de amor profundo: «pensé que no quería que se me muriese». Y le mete el dedo en el ombligo «para que ninguna bruja mala me lo sorbiese por el ombligo y me dejase sin Antoni...». Y la palabra «contentos», última de la novela, no es para nada gratuita. No la puse porque sí. Da a entender que, aunque en el mundo haya tanta tristeza, siempre lo puede salvar alguien con un poco de alegría. Unos cuántos pájaros, por ejemplo: «y dentro de cada charco, por pequeño que fuese, estaría el cielo... el cielo que a veces un pájaro esparcía... un pájaro que tenía sed y sin saberlo esparcía el cielo del agua con el pico... o unos cuantos pájaros chillones que bajaban de las hojas como relámpagos, se metían en el charco, se bañaban ahuecando las plumas y mezclaban el cielo con fango y con picos y con alas. Contentos...».

★ ★ ★

La plaza del Diamante está lejos de mí. Como si no fuese yo quien la hubiese escrito. Muy lejos. En este momento, en el mismo instante de acabar este prólogo, me preocupa mi jardín. En él ya florecen los prunos, rosa pálido, y el pequeño árbol de Júpiter, rosa coral. Se levanta la tramontana y me los castigará. Voy a ver qué sucede con el viento y las flores.

Mercè Rodoreda
Romanyà de la Selva, 1982

A J. P.

My dear, these things are life.
Meredith

I

Julieta vino expresamente a la pastelería a decirme que, antes de rifar el ramo, rifarían cafeteras; que ella ya las había visto: preciosas, blancas, con una naranja pintada, partida en dos mitades, que enseñaba las pepitas. Yo no tenía ganas de ir a bailar, ni tenía ganas de salir porque me había pasado el día despachando dulces y las puntas de los dedos me dolían de tanto apretar cordeles dorados y de tanto hacer nudos y agarraderos. Y porque conocía a Julieta, que por la noche no miraba la hora y tanto le daba dormir como no dormir. Pero me hizo seguirla quieras o no quieras, porque yo era así, que sufría si alguien me pedía algo y tenía que decir que no. Iba blanca de arriba abajo: el vestido y las enaguas almidonados, los zapatos como un sorbo de leche, los pendientes de pasta blanca, tres pulseras de aro que hacían juego con los pendientes y un portamonedas blanco, que Julieta me dijo que era de hule, con el cierre como una concha de oro.

Cuando llegamos a la plaza los músicos ya tocaban. El techo estaba adornado con flores y cadenetas de papel de todos los colores: una tira de cadeneta, una tira de flores. Había flores con una bombilla dentro y todo el techo era como un paraguas del revés, porque las puntas de las tiras estaban atadas más arriba que en el centro, donde todas se juntaban. La cinta de la goma de las enaguas, que tanto me había hecho sufrir para pasarla con una aguja de gancho que no quería pasar, abrochada con un botoncito y una presilla de hilo, me apretaba. Ya debía de

tener una señal roja en la cintura. De vez en cuando respiraba hondo, para ensanchar la cinta, pero en cuanto el aire me salía por la boca la cinta volvía a martirizarme. La tarima de los músicos estaba rodeada de una esparraguera que hacía de barandilla y la esparraguera estaba adornada con flores de papel atadas con alambre finito. Y los músicos sudados y en mangas de camisa. Mi madre muerta hacía años y sin poder aconsejarme y mi padre casado con otra. Mi padre casado con otra y yo sin mi madre que solo vivía para colmarme de atenciones. Y mi padre casado y yo jovencita y sola en la plaza del Diamante, esperando a que rifasen cafeteras, y Julieta gritando para que la voz le pasase por encima de la música, ¡no te sientes, que te arrugas!, y delante de los ojos las bombillas vestidas de flor y las cadenetas pegadas con pasta de agua y harina y todo el mundo contento, y mientras estaba embobada una voz me dijo al oído, ¿bailamos?

Casi sin darme cuenta contesté que no sabía bailar y me giré a mirar. Me topé con una cara que de tan cerca como la tenía no vi muy bien cómo era, pero era la cara de un chico. Es igual, me dijo, yo sé bailar muy bien y le enseñaré. Pensé en el pobre Pere que en aquellos momentos estaba encerrado en el sótano del Colón trabajando en la cocina con delantal blanco, y se me ocurrió el disparate de decir:

¿Y si se entera mi novio?

Aquel chico se acercó aún más a mi lado y dijo riendo, ¿tan pequeña y ya tiene novio? Y cuando se rio los labios se le estiraron y le vi todos los dientes. Tenía unos ojitos de mono y llevaba una camisa blanca con rayitas azules, empapada bajo los brazos, y con el botón del cuello desabrochado. Y aquel chico de repente se volvió de espaldas y se puso de puntillas y se inclinó de un lado a otro y se volvió a girar hacia mí y dijo, perdón, y se puso a gritar: ¡Eh...! ¿habéis visto mi americana? ¡Estaba al lado de los músicos! ¡En una silla! ¡Eh...! Y me dijo que

se habían llevado su americana y que volvía enseguida y que si quería hacer el favor de esperarlo. Se puso a gritar: ¡Cintet...! ¡Cintet!

Julieta, de color de canario, con bordados verdes, salió de no sé dónde y me dijo, tápame que me tengo que quitar los zapatos... No puedo más... Le dije que no me podía mover porque un joven que buscaba su americana y que quería bailar conmigo de todas todas me había dicho que lo esperase. Y Julieta dijo, bailad, bailad... Y hacía calor. Los niños tiraban cohetes y petardos por las esquinas. En el suelo había pepitas de sandía y por los rincones cáscaras de sandía y botellas de cerveza vacías y en las azoteas también lanzaban cohetes. Y por los balcones. Veía caras relucientes de sudor y chicos que se pasaban el pañuelo por la cara. Los músicos contentos y tocando. Todo como un decorado. Y el pasodoble. Me encontré yendo de aquí para allí y como si viniese de lejos, de tan cerca, oí la voz de aquel chico que me decía, ¡ve cómo sí que sabe bailar! Y sentía un olor a sudor fuerte y olor de agua de colonia desbravada. Y los ojos de mono relucientes a ras de los míos y a cada lado de la cara la medallita de la oreja. La cinta de goma clavada en la cintura y mi madre muerta y sin poder aconsejarme, porque le dije a aquel chico que mi novio trabajaba de cocinero en el Colón y se rio y me dijo que le compadecía mucho porque al cabo de un año yo sería su señora y su reina. Y que bailaríamos el ramo en la plaza del Diamante.

Mi reina, dijo.

Y dijo que me había dicho que al cabo de un año sería su señora y que yo ni le había mirado, y le miré y entonces dijo, no me mire así, porque me van a tener que levantar del suelo, y fue cuando le dije que tenía ojos de mono y venga a reír. La cinta en la cintura parecía un cuchillo y los músicos, ¡tararí!, ¡tararí! Y a Julieta no la veía por ningún lado. Desaparecida. Y yo con aquellos ojos delante que no me dejaban como si el

mundo entero se hubiese convertido en aquellos ojos y no hubiese ninguna manera de escapar de ellos. Y la noche iba avanzando y el ramo y la chica del ramo, toda azul, girando... Mi madre en el cementerio de San Gervasio y yo en la plaza del Diamante... ¿Vende dulces? ¿Miel y confitura...? Y los músicos, cansados, guardando las cosas dentro de las fundas y volviéndolas a sacar de dentro de las fundas porque un vecino pagaba un vals para todo el mundo y todos como peonzas. Cuando el vals se acabó la gente empezó a salir. Yo dije que había perdido a Julieta y aquel chico dijo que él había perdido a Cintet y dijo, cuando estemos a solas, toda la gente metida dentro de sus casas y las calles vacías, usted y yo bailaremos un vals de puntillas en la plaza del Diamante..., gira que gira..., Colometa. Lo miré muy molesta y le dije que me llamaba Natàlia y cuando le dije que me llamaba Natàlia se volvió a reír y dijo que yo solo podía tener un nombre: Colometa. Fue entonces cuando eché a correr y él corría detrás de mí, no se asuste..., ¿no ve que no puede ir sola por las calles, que me la roban...? Y me agarró por el brazo y me paró, ¿no ve que me la roban, Colometa? Y mi madre muerta y yo quieta como una pánfila y la cinta de goma en la cintura apretando, apretando, como si estuviese atada a una ramita de esparraguera con un alambre.

Y volví a correr. Y él detrás de mí. Las tiendas cerradas con la persiana acanalada bajada y los escaparates llenos de cosas quietas como tinteros y secantes y postales y muñecas y ropa extendida y botes de aluminio y géneros de punto... Y salimos a la calle Mayor, y yo delante, y él detrás de mí y los dos corriendo y, al cabo de los años, todavía a veces lo contaba, Colometa, el día que la conocí en la plaza del Diamante, echó a correr y delante mismo de la parada del tranvía, ¡pataplaf!, las enaguas al suelo.

La presilla de hilo se rompió y allí se quedaron las enaguas. Salté por encima, estuve a punto de enredar un pie en ellas y

venga a correr como si me persiguiesen todos los demonios del infierno. Llegué a casa y a oscuras me tiré en la cama, mi cama de jovencita, de latón, como si tirase una piedra. Sentía vergüenza. Cuando me cansé de sentir vergüenza, me quité los zapatos de un puntapié y me solté el pelo. Y Quimet, al cabo de los años, todavía lo contaba como si fuese algo que nos acabase de pasar, se le rompió la cinta de goma y corría como el viento...

II

Fue muy misterioso. Me había puesto el vestido de color de palo de rosa, un poco demasiado ligero para aquel tiempo, y se me puso la piel de gallina mientras esperaba a Quimet en una esquina. Desde detrás de una persiana de ballesta, al rato de estar plantada como un pasmarote, me pareció que alguien me miraba, porque vi que las ballestas, de un lado, se habían movido un poco. Había quedado con Quimet en que nos encontraríamos junto al parque Güell. Salió un niño de una entrada, con un revólver en el cinturón y una escopeta apuntada y pasó rozándome la falda y gritando, ¡pum!, ¡pum!

Bajaron las ballestas de la persiana, la persiana se abrió de par en par y un joven en pijama hizo pst... pst... con los labios y, con un dedo haciendo gancho, me hacía señas para que me acercase. Para estar más segura me puse un dedo en el pecho como señalándome y, mirándole, dije bajito, ¿yo? Sin oírme me entendió y dijo que sí con la cabeza, que la tenía preciosa, y crucé la calle y me acerqué. Cuando llegué al pie del balcón el joven me dijo, entra, que echamos un sueñecito.

Me puse de mil colores y me di la vuelta enfadada, sobre todo conmigo misma, y con angustia porque sentía que el joven me miraba la espalda y me atravesaba la ropa y la piel. Me puse de manera que el joven del pijama no me viese, pero tenía miedo de que, medio escondida, el que no me viese fuese Quimet. Pensaba en lo que pasaría, porque era la primera vez que íbamos a encontrarnos en un parque. Por la mañana no había dado pie

con bola pensando en la tarde porque tenía una inquietud que no me dejaba vivir. Quimet me había dicho que nos encontraríamos a las tres y media y no vino hasta las cuatro y media; pero no le dije nada porque pensé que quizá le había entendido mal y la que se había equivocado era yo y como él no dijo ni media palabra de excusa... Ni me atreví a decirle que los pies me dolían de tanto estar de pie porque llevaba zapatos de charol, muy calientes, y que un joven se había tomado algunas libertades. Empezamos a subir arriba sin decirnos ni una triste palabra y cuando estuvimos arriba del todo se me pasó el frío y la piel se me volvió a poner lisa como siempre. Le quería contar que había roto con Pere, que todo estaba listo. Nos sentamos en un banco de piedra en un rincón perdido, entre dos árboles finos de hoja, con un mirlo que subía desde abajo, iba de un árbol a otro dando un pequeño grito, un poco ronco, y estábamos un rato sin verlo hasta que volvía a salir de abajo cuando ya no pensábamos en él, y siempre hacía lo mismo. Sin mirarlo, por el rabillo del ojo, veía a Quimet que miraba las casas, pequeñas y lejos. Por fin dijo, ¿no te da miedo este pájaro?

Le dije que me gustaba mucho y él me dijo que los pájaros negros, aunque fuesen mirlos, su madre siempre le había dicho que traían desgracias. Todas las otras veces que había quedado con Quimet, después del primer día en la plaza del Diamante, lo primero que me preguntaba, echando la cabeza y el cuerpo hacia delante, era si ya había roto con Pere. Y aquel día no me lo preguntaba y yo no sabía de qué manera empezar a decirle que ya le había dicho a Pere que, conmigo, no podía ser. Y me daba mucha pena habérselo dicho, porque Pere se había quedado como una cerilla cuando, después de haberla encendido, la soplan. Y cuando pensaba en que había roto con Pere sentía una pena por dentro, y la pena me hacía darme cuenta de que había hecho una mala acción. Seguro: porque yo, que por dentro siempre había sido muy natural, cuando me acordaba de la cara que ha-

bía puesto Pere, sentía la pena mala muy dentro, como si en el medio de mi paz anterior se abriese una puertecita que encerraba un nido de escorpiones y los escorpiones saliesen a mezclarse con la pena y a hacerla punzante y a esparcirse por la sangre a ponérmela negra. Porque Pere, con la voz ahogada y las niñas de los ojos con el color empañado que le temblaba, me dijo que le había destrozado la vida. Que le había convertido en una migaja de barro de nada.

Y fue mirando el mirlo cuando Quimet empezó a hablar del señor Gaudí, que su padre lo había conocido el día que lo aplastó el tranvía, que su padre había sido uno de los que lo habían llevado al hospital, pobre señor Gaudí, tan buena persona, ya ves qué muerte tan miserable...Y que en el mundo no había nada como el parque Güell y como la Sagrada Familia y la Pedrera. Yo le dije que, en conjunto, demasiadas ondas y demasiados pinchos. Me dio un golpe en la rodilla con el borde de la mano que me hizo levantar la pierna por sorpresa y me dijo que si quería ser su mujer tenía que empezar por parecerme bien todo lo que a él le parecía bien. Me soltó un gran sermón sobre el hombre y la mujer y los derechos de uno y los derechos de la otra, y cuando le pude cortar le pregunté:

—¿Y si algo no me gusta de ninguna de las maneras?

—Te tiene que gustar, porque tú no entiendes.

Y otra vez el sermón: muy largo. Salió mucha gente de su familia: sus padres, un tío que tenía capillita y reclinatorio, sus abuelos y las dos madres de los Reyes Católicos que eran, decía él, las que habían señalado el buen camino.

Y entonces, que al principio no lo acabé de entender, porque lo mezcló con otras cosas que decía, dijo, pobre Maria... Y otra vez las madres de los Reyes Católicos y que tal vez nos podríamos casar pronto porque ya tenía dos amigos que le estaban buscando casa. Y que me haría unos muebles que en cuanto los viera me caería de espaldas porque por algo era ebanista

y que él era como si fuese san José y que yo era como si fuese la Virgen María.

Todo lo decía muy contento y yo iba pensando en lo que había querido decir cuando había dicho, pobre María...Y me iba apagando de la misma manera en la que se iba apagando la claridad, y el mirlo sin cansarse siempre saliendo de abajo y yendo de un árbol a otro y volviendo a salir de abajo como si fuesen muchos mirlos los que lo hiciesen.

—Haré un armario que servirá para los dos, de dos cuerpos, con madera de árbol botella.Y cuando tenga el piso amueblado, haré la camita del niño.

Me dijo que los niños le gustaban y no le gustaban. Que iba a días. El sol se ponía y allí donde no había, la sombra se volvía azul y se hacía raro mirarla.Y Quimet hablaba de maderas, que si una madera que si la otra, que si la jacaranda, que si la caoba, que si el roble, que si la encina... Fue entonces, me acuerdo y me acordaré siempre, cuando me dio un beso y en cuanto empezó a darme el beso vi a Nuestro Señor en lo alto del todo de su casa, metido dentro de una nube inflada, rodeado de una cenefa de color de mandarina, que se le iba decolorando por un lado, y Nuestro Señor abrió los brazos en toda su amplitud, que los tenía muy largos, agarró la nube por los bordes y se encerró dentro como si se encerrase dentro de un armario.

—Hoy no teníamos que haber venido.

Y enlazó el primer beso con otro y todo el cielo se nubló. Yo veía la nube que iba huyendo poco a poco, y salieron otras nubes más finitas y todas se pusieron a seguir a la nube que iba llena y Quimet sabía a café con leche.Y gritó, ¡ya cierran...!

—¿Cómo lo sabes?

—¿No has oído el silbato?

Nos levantamos, el mirlo huyó despavorido, el aire me volaba la falda... y abajo, caminito abajo. Sentada en un banco de azulejos estaba una niña que se metía los dedos en la nariz y

después pasaba el dedo por una estrella de ocho puntas que había en el respaldo del banco. Llevaba un vestido del mismo color que el mío y se lo dije a Quimet. No me contestó. Cuando salimos a la calle le dije, mira, aún entra gente... Y me dijo que no me preocupase que pronto los echarían. Íbamos calle abajo y en el momento en el que estaba a punto de decirle, ¿sabes?, ya he roto con Pere, se paró en seco, se me plantó delante, me agarró por los brazos y me dijo, mirándome como si fuese una persona de mala ley, pobre Maria...

Estuve muy a punto de decirle que no se preocupase, que me dijese qué le pasaba con Maria... Pero no me atreví. Me soltó los brazos, se me puso al lado otra vez, y abajo, hasta que llegamos al cruce de Diagonal con Paseo de Gracia. Empezamos a dar vueltas alrededor de un montón de casas, y yo no podía más con los pies. Cuando llevábamos media hora dando vueltas se volvió a parar, me volvió a agarrar por los brazos, estábamos debajo de un farol, y cuando ya me pensaba que volvería a decir, pobre Maria, y me aguantaba la respiración esperando que lo dijese, dijo con rabia:

—¡Si no hubiésemos bajado deprisa, allí arriba, entre el mirlo y todo lo demás, no sé lo que habría pasado...! ¡Pero no te fíes, porque el día que te pille, te baldo!

Seguimos dando vueltas a las casas hasta las ocho, sin decirnos ni media palabra, como si fuésemos mudos de nacimiento. Cuando me quedé sola miré el cielo y solo era negro. Y no sé... Todo muy misterioso...

III

Me lo encontré plantado en la esquina, por sorpresa, un día que no tenía que venir a buscarme.

—¡No quiero que trabajes más para este pastelero! Me he enterado de que va detrás de las dependientas.

Me puse a temblar y le dije que no gritase, que no podía dejar la casa así, de cualquier manera y sin educación, que, pobre hombre, no me había dicho nunca una palabra de más y que despachar dulces me gustaba y que si me hacía dejar el trabajo a ver qué... Me dijo que, en invierno, una tarde, cuando ya estaba oscuro, había venido a mirar cómo trabajaba. Y dijo que, mientras acompañaba a una clienta a elegir una caja de chokolatinas en el escaparate de la derecha, el pastelero me seguía con la mirada, no a mí, sino a mi trasero. Le dije que estaba yendo demasiado lejos y que más valía que lo dejásemos correr si no confiaba en mí.

—Sí que confío en ti, pero no quiero que el pastelero se divierta.

—¡Te has vuelto loco! —le dije—; ¡es un señor que solo piensa en su negocio! ¿Me oyes?

Me enfadé tanto que las mejillas me ardían. Me agarró por el cuello con una mano y me sacudió la cabeza. Le dije que se retirase ya y que si no me hacía caso llamaría a un municipal. Estuvimos tres semanas sin vernos y, cuando ya me arrepentía de haberle dicho a Pere que entre nosotros dos todo se había acabado, porque Pere al fin y al cabo era un buen novio que nunca me había dado ningún disgusto, aficionado solo a su oficio y

buen trabajador, volvió a presentarse, más tranquilo que el tocón de un árbol, y lo primero que me dijo, con las manos en los bolsillos, fue, y la pobre Maria a paseo por ti...

Íbamos hacia la calle Mayor por la rambla del Prat. Se paró delante de una tienda que tenía la entrada llena de sacos, metió la mano dentro de un saco lleno de vezas, dijo qué vezas más bonitas... y volvimos a caminar. Se había guardado unas cuantas vezas en la mano y cuando estaba más distraída me las echó en la espalda por el cuello de la blusa. Me hizo parar delante de un escaparate lleno de ropa hecha. ¿Ves?, cuando nos casemos, te haré comprar delantales como esos. Yo le dije que parecían del hospicio y él dijo que eran como los que llevaba su madre y yo le dije que tanto me daba, que yo no los quería porque se parecían demasiado a los del hospicio.

Dijo que me presentaría a su madre, que ya le había hablado de mí y que su madre tenía muchas ganas de ver qué cara tenía la novia que su hijo había elegido. Fuimos un domingo. Vivía sola. Quimet vivía de pensión para no darle trabajo y decía que así eran más amigos, porque, juntos, no se avenían. Y su madre vivía en una casita hacia el barrio de Los Periodistas y desde la galería se veía el mar y la niebla que a veces lo tapaba. Era una señora muy coqueta, peinada de peluquería, con muchas ondas. Tenía la casa llena de lazos. Quimet ya me lo había dicho. Encima del Santo Cristo del cabecero de la cama, un lazo. La cama era de caoba negra con dos colchones y una colcha crema con rosas rojas y todo alrededor haciendo ondas ribeteadas de rojo. En la llave de la mesita de noche, un lazo. En las llaves de cada cajón de la cómoda, otro lazo. Y un lazo en cada llave de cada puerta.

—A usted le gustan mucho las cintas —le dije.

—Sin cintas una casa no es una casa.

Y me preguntó si me gustaba vender dulces y le dije que mucho, sí señora, sobre todo rizar las puntas del cordel con el

ruidito de las tijeras, y que solo esperaba que llegasen las fiestas para poder hacer muchos paquetes y oír el ric-rac de la máquina registradora y la campanilla de la puerta.

—Pues sí que estás de broma, dijo.

A media tarde, Quimet me dio un codazo que quería decir, vámonos. Y cuando ya estábamos al pie de la puerta de la entrada su madre me preguntó, ¿y las labores de la casa también te gustan?

—Sí, señora, mucho.

—Tanto mejor.

Entonces dijo que esperásemos, volvió adentro y vino con unos rosarios de bolitas negras y me los regaló. Quimet, cuando nos alejamos un poco, me dijo que la había conquistado.

—¿Qué te ha dicho cuando estabais solas en la cocina?

—Que eres muy buen chico.

—Ya me lo suponía.

Lo dijo mirando al suelo y dando un puntapié a una piedrecita. Le dije que no sabía qué hacer con los rosarios. Me dijo que los guardase en un cajón, que quizá algún día me servirían: que no se podía tirar nada.

—Quizá le sirvan a la niña, si tenemos una...

Y me dio un pellizco en la molla del brazo. Mientras me lo frotaba, porque me había hecho daño de veras, me preguntó si me acordaba de no sé qué y dijo que pronto se compraría una moto, que nos iría muy bien porque cuando nos casásemos recorreríamos todo el país, y que yo iría detrás. Me preguntó si había ido alguna vez en la parte trasera de una moto con algún chico y le dije que no, que nunca, que me parecía muy peligroso, y se puso contento como un pájaro, y dijo, qué va, mujer...

Entramos en el Monumental a tomar el vermú y comer pulpitos. Allí se encontró con Cintet, y Cintet, que tenía los ojos muy grandes, como de vaca, y la boca un poco torcida, dijo que había un piso en la calle Montseny, bastante bien de precio, pero

deteriorado, porque el dueño no quería quebraderos de cabeza y que la reforma tenía que correr a cuenta de los que lo alquilasen. El piso estaba debajo de una azotea. Que estuviese debajo de una azotea nos gustó mucho y más aún cuando Cintet nos dijo que la azotea sería toda nuestra. La azotea sería nuestra porque los vecinos de los bajos tenían patio y los del primer piso, por una escalera larga y colgante, iban a un pequeño jardín que tenía gallinero y lavadero. Quimet se entusiasmó y le dijo a Cintet que no se le tenía que escapar de ninguna de las maneras, y Cintet dijo que iría al día siguiente con Mateu y que fuésemos nosotros. Todos juntos. Quimet le preguntó si sabía de alguna moto de segunda mano, porque un tío de Cintet tenía un garaje y Cintet trabajaba en el garaje de su tío, y Cintet le dijo que ya lo miraría. Hablaban como si yo no estuviese. Mi madre no me había hablado nunca de los hombres. Ella y mi padre pasaron muchos años peleándose y muchos años sin decirse nada. Pasaban las tardes de los domingos sentados en el comedor sin decirse nada. Cuando murió mi madre, este vivir sin palabras creció todavía más. Y cuando al cabo de unos cuantos años mi padre volvió a casarse, en mi casa no había nada adonde yo me pudiese agarrar. Vivía como debe de vivir un gato: de aquí para allí con la cola baja, con la cola erguida, ahora es la hora de comer, ahora es la hora de dormir; con la diferencia de que un gato no tiene que trabajar para vivir. En casa vivíamos sin palabras y las cosas que yo llevaba por dentro me daban miedo porque no sabía si eran mías...

Cuando nos despedimos Quimet y yo al pie de la parada del tranvía, oí que Cintet le decía, no sé de dónde la has sacado, tan maja... Y oí la risa de Quimet, ja, ja, ja...

Dejé los rosarios en la mesita de noche para asomarme a mirar el jardín de abajo. El hijo de los vecinos, que estaba de soldado, tomaba el fresco. Hice una bolita de papel, se la tiré y me escondí.